



Francisco Ignacio Madero o el espiritismo sincrético de un revolucionario.

Francisco Ignacio Madero or the syncretic spiritualism of a revolutionary.

DOI: 10.32870/argos.v11.n27.3.24a

Gonzalo Lizardo Méndez

Universidad Autónoma de Zacatecas (MÉXICO)

CE:

ID ORCID: 0000-0002-9907-7539



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Recepción: 05/09/2023

Revisión: 04/10/2023

Aprobación: 31/10/2023

Resumen:

Aunque ya se ha escrito sobre el *Manual Espírita* (1911), publicado por Francisco Ignacio Madero (1873-1913) bajo el seudónimo de Bhîma, falta discutir el papel que representó el pensamiento espiritista de su autor frente al positivismo racionalista que sustentaba la dictadura de Porfirio Díaz. Publicado después de *La sucesión presidencial en 1910* (1908), el *Manual espírita* propone una alternativa insólita, de índole hermetista, que imagina un universo dualista, compuesto por personas vivas y muertas, en perpetua dialéctica evolutiva. Influida por el escritor francés Hippolyte León Denizard Rivail (alias Allan Kardec) Madero hizo hablar a los espíritus para concebir y promover su propia utopía democrática, de índole pacifista, que le dio un carácter metafísico a su propia muerte. En el siguiente artículo se estudian hermenéuticamente los componentes de su pensamiento espiritista, su hermetismo y su catolicismo, así como la influencia que tuvo en su acción revolucionaria.

Palabras clave: Espiritismo. Sincretismo. Hermetismo. Porfiriato. Revolución Mexicana.



Abstract:

Although it has already been written about the Spiritist Manual (1911), published by Francisco Ignacio Madero (1873-1913) under the pseudonym Bhîma, it remains to discuss the role that the spiritist thought of its author represented in the face of the rationalist positivism that supported the dictatorship of Porfirio Díaz. Published after The Presidential Succession in 1910 (1908), the Spiritist Manual proposes an unusual alternative, Hermetic in nature, which imagines a dualistic universe, composed of living and dead people, in perpetual evolutionary dialectic. Influenced by the French writer Hippolyte León Denizard Rivail (alias Allan Kardec), Madero made the spirits speak to conceive and promote his own democratic utopia, of a pacifist nature, which gave a metaphysical character to his own death. In the following article, the components of his spiritualist thought, his hermeticism and his Catholicism are studied hermeneutically, as well as the influence it had on his revolutionary action.

Keywords: Spiritism. Syncretism. Hermeticism. Porfiriato. Mexican Revolution.

Eres el último de los soldados, pero soldado de la libertad y el progreso, de los que militan bajo las gloriosas banderas de Jesús de Nazaret, de los que han derramado sobre el mundo su amor, su sangre, para apresurar el reino de Dios.

Ignacio Solares, *Madero, el otro*

Desde que se consolidó en el poder el Partido Nacional Revolucionario, la cultura oficial invistió a Francisco Ignacio Madero como un prócer irrefutable de nuestra historia. Este papel fue confirmado por el actual presidente, Andrés Manuel López Obrador, que lo ha reivindicado como un pionero: como el iniciador de la “Tercera Transformación” mexicana: la revolución armada que inició en 1910 y derrocó a Porfirio Díaz, el general que se mantuvo en el poder por más de 30 años. Como prócer, la de Madero era una imagen monolítica: un hacendado católico de ideas liberales, que se inconformó contra el autoritarismo de Díaz.



Esta idea empezó a matizarse durante los años 80, con la publicación de *Francisco I. Madero, místico de la libertad*, de Enrique Krauze, y la novela *Madero, el otro*, de Ignacio Solares. Dos obras que rescataron del olvido la cara oculta del prócer: un ideario espiritista que lo condujo a cuestionar el militarismo del régimen y el “materialismo” impuesto por los intelectuales del porfiriato.

Madero no condenaba del todo a Díaz. Reconocía que había “pacificado” al país, tras un siglo de guerra civil entre liberales y conservadores, interrumpida por dos intervenciones francesas y la invasión norteamericana. Aceptaba, además, que esta pacificación trajo el progreso industrial y el auge agrícola al país, pero había reprimido brutalmente cualquier atisbo de disidencia o rebelión, como lo demostró en la guerra del Yaqui, la rebelión de Tomochic o las huelgas obreras de Cananea y Río Blanco. Un aliado fundamental en las últimas reelecciones de Díaz fue el grupo de “Los científicos”: una asociación de políticos positivistas, seguidores de Augusto Comté, que pretendía “abogar por la dirección científica del gobierno y el desarrollo científico del país”. Sus miembros “fungían como consejeros del gobierno ante los bancos, daban asesorías sobre problemas fiscales, redactaban decretos sobre finanzas, patrocinaban ciertas empresas e incluso servían de intermediarios entre el gobierno y los capitalistas extranjeros” (Delgado 223).

Para impedir que Díaz y sus “científicos” se perpetuaran en la presidencia, para 1905 se había consolidado un movimiento anti reeleccionista. El joven Francisco Ignacio Madero lo apoyó como mecenas, financiando el periódico *El Demócrata*, y después como protagonista, al publicar *La sucesión presidencial de 1910*. En ese libro Madero sostenía que el mayor mal de México era el poder absoluto, derivado del militarismo que asolaba a nuestro país desde la Independencia, cuando algunos ambiciosos asolaron a la república “con sus continuas asonadas, sus levantamientos, sus revoluciones, siempre ofreciendo al pueblo: orden, garantías, respeto a la religión, pero tan pronto como llegaban al poder olvidaban sus promesas convirtiéndose en desalmados tiranos” (Madero 73). Como antídoto contra ese mal, Madero proponía restaurar “las prácticas democráticas y la libertad política que iguala a los hombres ante la ley” (Krauze 38).

En abril de 1910, con la fundación del Partido Antirreeleccionista, Madero se volvió “el apóstol de la democracia” y el principal enemigo del porfiriato. Por principio se oponía al uso de la fuerza, pues deseaba



un cambio pacífico a través de las urnas. Luego, tras entrevistarse con Díaz, Madero supo que era vana esa esperanza. Así lo confió a un amigo: “El general Díaz ha comprendido por fin que sí hay ciudadanos bastante viriles para ponerse frente a frente. Porfirio no es gallo, sin embargo, habrá que iniciar una revolución para derrocarlo” (citado por Krauze 46). Según Enrique Krauze, este episodio mostró a Porfirio Díaz como un “místico de la autoridad”, frente al “místico de la libertad” que era Francisco I. Madero. En palabras del novelista Ignacio Solares, este encuentro “transformó al pacifista, apóstol de la democracia, en el jefe de un inminente movimiento armado” (162). El contraste entre ambos es emblemático. Contra el poder “científico” y militar de Díaz, Madero opuso su poder espiritual y democrático: un carisma que atrajo la devoción de sus seguidores y el odio de sus adversarios, en especial de “los científicos” y los militares porfiristas.

Esa energía carismática provino, en parte, de su prominente familia, encabezada por su abuelo, Evaristo Madero, un poderoso hacendado que llegó a ser gobernador de Coahuila. Gracias a él, el joven Francisco dispuso de una educación privilegiada con los jesuitas de Saltillo, después en Baltimore, más tarde en París. De vuelta en México, en 1891, Madero conoció *La Revue spirite* y se inició en el espiritismo. Una doctrina que sostenía, según Allan Kardec “que los espíritus reencarnan, que tienen vida tras vida, ya sea en la Tierra o en otro planeta, evolucionando hacia estados cada vez más elevados de conciencia” (Mayo 22). Al instante, Madero se enamoró de sus ideas “tan racionales, tan bellas, tan nuevas” y desde entonces se consideró espírita.

Su conversión no fue sencilla. Desde los años cincuenta, la Iglesia había condenado las doctrinas espíritas. Este anatema papal explica que el joven Francisco estudiara en secreto las obras de Gabriel Delanne y León Denis, “el apóstol del espiritismo”, con quien mantuvo correspondencia. Como ellos, Madero creía “que la investigación sobre comunicaciones espíritas, fotografía espírita y otros fenómenos anómalos era tan válida como urgente” (Mayo 35). Por tanto, en cuanto volvió a su casa en Parras, fundó un círculo espírita y se ejerció como “medium escribiente”, hasta que su mano, liberada de su voluntad, pudo redactar sus primeros textos espíritas. Según los testimonios, en 1901 logró comunicarse con el espíritu de su hermano Raúl, muerto catorce años antes, quien se volvió su primer guía.



A partir de entonces, Madero intentó vincular el pensamiento espírita con los evangelios cristianos y con la moral pública. En ese sentido, su espiritismo era una ciencia, una religión, pero también una postura política. Poco después, un espíritu llamado “José”, lo invitó a hacerse vegetariano, a dejar de beber, a practicar rigurosos ejercicios espirituales, a publicar en los periódicos anti reeleccionistas que él mismo financiaba. En octubre de 1907, satisfecho con su crecimiento espiritual, “José” lo armó caballero, “miembro de la gran familia espiritual que rige los destinos de este planeta, soldado de la libertad y el progreso” (Krauze 27). Para cumplir esa ardua misión, Francisco se puso a escribir *La sucesión presidencial de 1910*. Al concluirlo, en noviembre de 1908, el espíritu de Benito Juárez se le manifestó para augurar que su obra causaría furor en todo el país y que “al General Díaz le va a causar una impresión tremenda, le va a infundir verdadero pánico y su pánico paralizará o desviará todos sus esfuerzos” (Mayo 111-112).

El espiritismo de Madero no era un hecho aislado. Según Yolia Tortolero, a principios del siglo XX, en México “se encontraron participando juntos a espiritistas, masones, protestantes, liberales o librepensadores en la organización de partidos políticos, en el movimiento antirreeleccionista de 1909, en la lucha revolucionaria que inició en 1910” (Tortolero 14). El anticlericalismo de esta alianza no impidió que Madero abriera las puertas del movimiento opositor al Partido Católico, por más que después sus miembros lo acusaran de que quería “imponer su credo liberal, anticlerical y espiritista” (Tortolero 16) en nuestro país. El temor tenía sustento. Inspirado por el evolucionismo de Darwin, Madero creía que un programa pedagógico espírita permitiría a los seres humanos alcanzar la perfección de manera individual, sin necesidad de la Iglesia, colaborando de existencia en existencia al proceso evolutivo de la humanidad.

Además de conducir su comportamiento público y privado, el espiritismo hizo de Madero un pacifista convencido, pues consideraba que la paz global era el objetivo final del desarrollo humano. Para él, “en la medida que las naciones de su tiempo se civilizaran, terminarían por abatir sus instintos bélicos y se acostumbrarían a respetar el derecho ajeno para disfrutar la paz” (Tortolero 184). Este pacifismo no le impidió convertirse en líder del movimiento armado que derrocó al general Díaz, pero se convirtió en un obstáculo cuando asumió la presidencia y se vio obligado a tomar decisiones que contradecían sus principios. En lo político, la revolución no consiguió pacificar el país, se exacerbó las críticas contra su gobierno y la opinión pública lo criticó “por violar el libre sufragio, lo catalogó como alguien que carecía de



dotes de mando, que no tenía tacto político y que no era capaz de tomar decisiones firmes” (Tortolero 191).

En *Madero, el otro*, Ignacio Solares se enfoca en los dilemas que su personaje enfrentó al llegar a la presidencia. Un Madero indeciso entre ser fiel a su fe espírita o someterse a los dictados de la realidad política:

El loco Madero (...) fue un místico equivocado porque lo invadieron demasiadas voces y un político equivocado porque transpuso el umbral de la paz y de la democracia y holló con su pie un terreno que no le correspondía y aceptó y generó una violencia que temía y rechazaba, que lo desconcertó y culpó tanto que terminó por hacer exactamente lo contrario a aquello que debería haber hecho para evitarla (Solares 220).

Según la novela de Solares, este dilema vuelve visible una dualidad psicológica del personaje. Por un lado, el Madero místico, el hacendado solitario que leía el Bhagavad-Gita, que creía en la reencarnación de los espíritus y que se autoimpuso una moral estoica, basada en la bondad, la caridad y el perdón. Por el otro, el Madero político, que tomó las armas para derrocar un sistema político injusto, que quiso regir los asuntos públicos basado en su ética privada, y que tomó decisiones erróneas en los peores momentos. Si el espiritismo lo condujo al poder, una vez que lo obtuvo, ¿por qué tendría que renunciar a sus principios?

De hecho, para Madero la revolución política era sólo el preludeo de otra revolución más profunda. C. M. Mayo apuntala esta hipótesis con una “anécdota apócrifa”, según la cual Madero, al concluir *La sucesión presidencial de 1910*, se recluyó “cuarenta días con sus noches en su rancho del desierto, Australia, comunicándose con los espíritus” (Mayo 119). Al final, el espíritu llamado “José” le ordenó que escribiera otro libro, que “causaría una impresión mayor” que el primero. Esta obra, el *Manual espírita*, apareció en 1911, durante la lucha revolucionaria, firmado con el nombre de un guerrero hindú, *Bhîma*, auspiciado por el Segundo Congreso Espírita de México. Desde su dedicatoria quedan claros su intención pedagógica, su rival y sus destinatarios:

Esta obra (...) está destinada a la juventud, a los obreros y en general a las masas, a donde aún no ha llegado la influencia demoledora del materialismo (...) Pues bien, a estos obreros, que también tienen el corazón puro, y cuya conciencia aún no ha sido emponzoñada por el materialismo, les



destinamos esta obra, en la cual encontrarán las bases de una filosofía elevadísima que satisfará sus más nobles aspiraciones, les explicará el por qué de la vida, el por qué de su triste situación (...) les hará comprender que nuestra vida no se desarrolla en el miserable cuadro de una existencia terrestre, sino que tiene por tiempo, la Eternidad; por espacio el Universo (Bhîma 5).

Es verosímil suponer que por “materialismo”, el *Manual espírita* se refiere, al positivismo del grupo de los “científicos”, que seguía las doctrinas de Comte para perseguir el progreso material, y que apoyaba a las clases que explotaban a la juventud, a las masas, a los obreros “de corazón puro”. Con un formato similar a *El libro de los espíritus*, de Allan Kardec, el *Manual* está compuesto por una serie de preguntas y respuestas que semejan las de una sesión espírita. El autor comienza por definir el espiritismo como “la ciencia que se ocupa en investigar las fuerzas del espíritu humano, su pasado antes de venir a este mundo y su suerte cuando lo abandone” (7). Esta ciencia infiere que “la vida del espíritu es eterna. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, y su porvenir es glorioso y eterno. El espíritu reencarna considerable número de veces en nuestro planeta, hasta que adquiere los conocimientos y virtudes necesarias para pasar a un mundo superior” (8).

En consecuencia, cada espíritu es el producto de la inteligencia, las aptitudes, las experiencias obtenidas en sus encarnaciones anteriores. “De esta manera, somos los únicos responsables de nuestra situación feliz o desgraciada (...) Ningún esfuerzo que hagamos será perdido, todos nos beneficiarán tarde o temprano; tan pronto como fructifiquen”. Aun la vida más triste tendrá sentido si la imaginamos como un estado transitorio, durante el cual contribuimos a la evolución espiritual de la especie humana. Una evolución que “es lenta y penosa, pero de nosotros depende hacerla rápida, desprendiéndonos más pronto de las causas que nos hacen sufrir, y aumentando las que producen nuestra felicidad” (9). Una conclusión muy significativa, pues implica que Francisco I. Madero, más que iniciar una revolución militar, sólo se proponía acelerar la “evolución espiritual” del país.

Las fuerzas espirituales, por tanto, son capaces de cambiar al mundo, como de hecho lo cambiaron Christna (sic), Hermes, Moisés y Jesús. Según el *Manual*, estos maestros espirituales nos revelaron no sólo la inmortalidad del alma, la unidad de Dios y la reencarnación, sino también una moral sincrética que trasciende las existencias individuales. Si “las almas que han practicado el bien adquieren la facultad de



conversar con aquellos que les han precedido en la vida espiritual”, entonces el alcance de nuestras acciones y decisiones sobrepasa el de nuestra existencia individual. El espiritismo, por tanto, tiene un origen milenario, aunque sea muy reciente la revelación moderna de la doctrina, manifestada en un gran número de fenómenos psíquicos, a través “de personas llamadas médiums y que poseen facultades especiales” (19).

Los fenómenos que fundamentan la doctrina se clasifican en dos: los *anímicos* y los *espíritas*. Los anímicos son producidos por las fuerzas de nuestra alma, los espíritas por la fuerza de los espíritus desencarnados, cuando se manifiestan a través de un médium. Los primeros incluyen al magnetismo, al hipnotismo y a la telepatía, y permiten curar enfermedades si se usan con sabiduría. Los segundos se dividen en dos: entre los *fenómenos intuitivos* destacan la inspiración y la sugestión mental. Entre los *fenómenos mecánicos* se incluyen la escritura mecánica o inconsciente, el movimiento de objetos diversos, las apariciones de fantasmas, los médiums auditivos y los médiums a encarnación. A partir de estos fenómenos y de los mensajes transmitidos de manera independiente por un gran número de médiums, el espiritismo construye una visión del mundo muy peculiar, que sincretiza las religiones antiguas, la filosofía griega, la teología cristiana y algunos hallazgos de la ciencia moderna. Y también una imagen muy peculiar de Dios:

El espiritismo nunca ha pretendido definir a la Divinidad. Se limita a considerar a Dios como el Creador de todo cuanto existe, como a un Ser todopoderoso, todo bondad y todo amor para su creación en general y para cada una de sus criaturas en particular.

Parece que Dios es el espíritu del Universo y que la materia cósmica, las nebulosas y los innumerables soles y planetas, constituyen su cuerpo viviente, su parte material y visible.

Así, la Vía Láctea asemejaría a una arteria por donde circula la vida que ha dado nacimiento a una gran parte del Universo y lo vivifica constantemente (57).

Esta semejanza entre el universo y el cuerpo humano (entre el Macrocosmos y el Microcosmos) remite al principio fundamental de Hermes Trismegisto: “Como es abajo, es arriba”. El espiritismo de Bhîma se acerca más al hermetismo humanista o al panteísmo filosófico que al catolicismo mexicano, aunque el *Manual* proponga una moral, fundamentada en una ley cristiana, el “Amaos los unos a los otros” (59). Si



sólo se ama plenamente aquello que se conoce, la verdadera felicidad del espíritu está reservada a las personas rectas, de costumbres moderadas, inteligencia despejada y espíritu lúcido, que buscan la perfección mediante el estudio de las leyes que rigen al universo y a los seres humanos. “Por este motivo, si queremos ser felices en la otra vida, debemos dirigir todos nuestros esfuerzos a fin de acostumbrarnos a encontrar placer en el estudio y en la práctica del bien (...) cultivando el amor a alguna causa noble, al grado de llegar a identificarse con ella” (63).

Resulta inevitable interpretar este ideario sincrético a la luz de los hechos históricos posteriores. Cultivando el amor a una causa noble (la eliminación del militarismo y del poder absoluto en México), Madero buscó la perfección mediante el estudio, la moderación de sus costumbres y el amor al prójimo, confiado en que su ejemplo atraería a simpatizantes de ideologías muy diversas. En un país como el nuestro, lo último que deseaba Madero era enemistarse con los católicos, pues los necesitaba para combatir a los materialistas científicos del porfiriato. Pero era evidente que conocía el papel del catolicismo como cómplice del régimen porfirista. Su fe espiritista lo enemistaba con la ortodoxia católica porque, de alguna manera, Madero proponía una conjunción sincrética, es decir, herética: un cristianismo espiritista o un espiritismo cristiano.

Confiado en sus poderes como médium y como médico espiritista, Madero encarnó al prócer carismático típico de Latinoamérica: un arquetipo que Alejo Carpentier descubrió encarnado en la figura de Mackandal: ese esclavo africano que se rebeló en Haití, haciendo creer a sus seguidores que era sacerdote vudú y tenía poderes licantrópicos (41): la rebelión política como una irrupción de *lo maravilloso en lo real*, o de lo mítico en lo político. Es muy posible, incluso, que Madero conociera un caso anterior, muy cercano en el tiempo y en el espacio: la rebelión de Tomochic, un pueblo de 300 habitantes, inspirado por las palabras y milagros de una mujer, Teresita de Cabora, que se rebeló contra la industria minera, el gobierno y la iglesia católica.

Ciertamente, las convicciones espíritas de Madero debieron consolarlo frente a su trágico final: a su heroico sacrificio. Ya se lo había advertido Raúl, el espíritu que lo guiaba: “Los hombres que (como tú) han tenido una misión así en el mundo han finalmente compadecido a los esclavos, a los fanáticos que los han martirizado y les han dado muerte” (55). Un Madero —el hacendado revolucionario— debió aceptar que



no podía gobernarse el país sin verter sangre, sin causar dolor, y cometió una serie de errores políticos que lo condujeron a su derrocamiento y a su asesinato. Pero el otro Madero —el filósofo espírita— sabía que eso ya no importaba. Al derrocar a la dictadura de Díaz, había cumplido con su misión histórica. Era, por tanto, el momento adecuado para abandonar su cuerpo material y exiliarse a un mundo superior, exento del dolor y la ignorancia que reinan en el nuestro.

Referencias

- Bhîma, Francisco I. Madero (1911). *Manual espírita*. Tip. Artística. México.
- Carpentier, Alejo (2003). *De lo real maravilloso americano*. UNAM. México.
- Delgado de Cantú, Gloria M. (2015) *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente*. Pearson Educación. México, 3ª edición.
- Kardec, Allan (2017). *El libro de los espíritus*. Discovery Publisher. New York.
- Krauze, Enrique (1987). *Francisco I. Madero. Místico de la libertad*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Madero, Francisco Ignacio (2016). *La sucesión presidencial en 1910*. Debolsillo. México.
- Mayo, C. M. (2014). *Odisea Metafísica hacia la Revolución Mexicana. Francisco I. Madero y su libro secreto, Manual Espírita*. Dancing Shiva. Palo Alto.
- Solares, Ignacio (2016). *Madero, el otro*. Debolsillo. México.
- Tortolero Cervantes, Yolia (2004). *El espiritismo seduce a Madero*. Senado de la República. México